

Ostia para las costas de la Bética, libre y rica por la generosidad de su señora.

El severo Marco Porcio se guardó en adelante de molestar en nada á su esposa, si bien el aprecio que manifestaba á su razon suprema y sus malas cualidades fueron en aumento. Roma le erigió una estatua con esta inscripcion: *A Ca-ton, reformador de las costumbres*: no hay que extrañarlo; tiempo adelante el pueblo-rey colocaba á Neron y Calígula en el número de los dioses.

DIONISIO CHAULIÉ.

UN PRIMO COMO YA NO SE ENCUENTRAN.

ALBERTO.

I.

—¡Imposible! exclamó el mas jóven de dos convidados que solos se estaban desayunando en el gran comedor del castillo de Auveribe.



El castillo de Auveribe.—Efecto del crepúsculo.

—¿Lo crees tú así? replicó el otro, el castellano, un verdadero caballero, gran cazador que conservaba á pesar de sus cincuenta y cinco años todo el risueño verdor de la ju-

ventud, ¿crees tú que se me pueda engañar así como á un tutor de comedia? ¿quieres que te diga tu secreto, mi pobre Alberto?..... ¿quieres que yo te cuente tu historia?

SEGUNDA SERIE.—1864.

AÑO XXII. 11

—¡Ah! en cuanto á eso, mi querido primo.....

—Lláname tu tío, eso es mas paternal, y tambien es así como siempre te he mirado. No tienes que darme gracias, ni hacerme protestas de cariño, escucha: Habia en una ocasion un cierto aprendiz de bachiller, muy aficionado al estudio de las ciencias naturales y sábio como una imágen. Su único pariente, un mal sujeto, le repetía sin cesar: «Goza, diviértete con tus veinte y cinco años..... no hagas caso de mí..... soy rico, indulgente y te quiero mucho.» Nuestro futuro sábio no le escuchaba, y se empeñaba en tener por suficiente su pensión. Al fin un día le pidió que le diese dos luises mas al mes para comprar libros. El tío se sonrió y se apresuró á darle lo que le pedia, esperando que otras peticiones de igual naturaleza seguirían á esta. Bastante tardó, unos cinco ó seis años largos creo..... en pedir y aceptar un aumento en el presupuesto..... y despues de otro intervalo un tercero. ¡Bravo! se decía el tío, el muchacho se va á lanzar... Sin embargo, el sobrino no cambiaba ni de fisonomía ni de proceder. En París su única distraccion era el Jardín botánico. En el campo durante las vacaciones, no pensaba sino en hacer colecciones de plantas y de insectos. Siempre con el mismo rostro estudioso, cándido, virginal, una doncellita. Dado á Barrabás se hallaba su tío, cuando últimamente un domingo encontró al virtuoso naturalista, dando el brazo á una muchacha..... y de las mas lindas, circunstancia agra-vante..... ¡Hola! ¡hola! se dijo, veamos como todo á la corta ó a larga se descubre..... Dios nos libre del agua mansa..... ¿Qué apostamos á que este hereje va al baile?

—¡Cómo! exclamó Alberto, que estaba ya hacia algunos instantes colorado como un tomate, ¿cómo, señor Auveribe, sorprendió vd?...

—Sí, pero habia en aquella jóven tal perfume de inocencia y de pureza, y la trataba con tan casta consideracion su compañero, con tan respetuosa ternura, que parecia un padre jóven acompañando su hija á la maestra. En efecto se detuvieron delante del convento del Ave-María.

—¿Con que nos ha seguido vd., tío mio?

—Me he atrevido á mas. Estimulado por la curiosidad quise saberlo todo, y todo lo he sabido.

—¿Qué..... vd. sabe?...

—Sé, mi digno Alberto, que eres el mejor de los hombres. Sé que, hace quince años de esto..... tú no tenias todavía veinte..... una pobre jóven madre abandonada por su marido, que habia ido á hacerse matar no sé á donde, habitaba la bohardilla vecina á la tuya. Carecia de recursos y tú la socorríste; se hallaba desolada, y tú te hiciste su amigo; cayó enferma y la cuidaste cual un hermano; murió y adoptaste á su hija niña. Mis dos primeros luises suplementarios fueron para pagar los meses de nodriza. Ahora bien, habia yo adivinado que mentías, pero estaba muy distante de suponer que fuera para asociarme á tan buena accion; gracias, Alberto.

Y el señor de Auveribe le estrechó la mano.

Muy conmovido estaba Alberto, para responderle todavía.

—Mas tarde, continuó el anciano caballero, fué para pagar la pensión de tu hija adoptiva. Mas tarde todavía, para ponerla en el colegio, darle maestras de todas clases, para hacer de ella una señorita completa. ¡Oh! la conozco..... he estado en el convento..... y somos muy amigos.

—Usted.....

—Sí..... yo. Si he exigido que se guardase este secreto es porque estábamos en las vísperas de las vacaciones, y te preparaba en recompensa una sorpresa.

¿No adivinas qué?.... No..... Pues bien, la superiora debe enviarnos aquí á tu Margarita..... nuestra Margarita, y tal vez llegará hoy mismo. ¿Está vd., su señor padrino?

Esforzábale el pobre muchacho en sonreírse en medio de las lágrimas que sofocaban su voz.

—¡Ah! pudo al fin exclamar, el mejor de los hombres no soy yo..... es vd..... ¡tío mio!

Y palpitante de alegría se arrojó en sus brazos.

—Basta..... basta..... dijo el señor de Auveribe con sonrisa y bastante ternura. Alberto, parece que estamos representando un paso de un drama. Calma pues y tranquilidad. Llama para que nos sirvan el café, y nos traigan cigarros. Ya es mi hora de dar un paseo con ese endiablado caballo de Fierabrás, que hace algunos días sobre todo me da el placer de una batalla. Sea enhorabuena, me gustan las emociones.

—¡Cuidado! interrumpió vivamente Alberto. Tenga vd. cuidado con Fierabrás, tío mio. Debía vd. deshacerse de un caballo tan peligroso, el día menos pensado va á matar á usted.

—¡Bah! despues de mí que venga el diluvio.

—Señor de Auveribe, replicó Alberto, olvida vd. que tiene un hijo.

Pensativo quedóse el viejo caballero.

Durante este tiempo el criado que les servia el café se marchó.

—¿Ha tenido vd. noticias de mi primo Leoncio? preguntó tímidamente Alberto.

—No, respondió Auveribe, con cierta amargura, y ya hace de esto mas de un mes. No te se parece á tí mi señor hijo. Los viajes, los caballos, los amos, esta es su vida. Pero yo me tengo la culpa, yo que le he criado así y he hecho de él otro yo. Ahora anda recorriendo la Italia, y no piensa en su padre, sino para pedirle dinero, y te ruego no vayas á creer que se priva de él..... Si llegase á morirme..... como tendria mi fortuna para gastar..... bien pronto se consolaria.

—Es vd. injusto con Leoncio: respeta á vd., le ama.... y en cuanto á la cuestion de herencia.....

Detúvose Alberto como asustado de lo que iba á decir, pero animándose de pronto, continuó:

—¿No me autoriza vd. para hablarle francamente á mi vez?

—¡Oh! ¿Habrias tú descubierto ese secreto tambien?

—Precisamente el devd.... y si yo me atreviese á deducir de él un consejo.....

—¿Por qué no? Te tengo por el mas razonable de toda la familia. ¿Pero qué has descubierto?... Veamos ¡habla!.....

—¿Usted lo quiere?

—Lo quiero. Adelante.

—Pues bien... Leoncio no es vuestro heredero, Leoncio no es vuestro hijo.

—¿No es mi hijo!

—Legalmente, no.

—¿De dónde sabes tú eso?..... ¿Quién te lo ha dicho?

—Poco le importa á vd., he prometido callarme. Sé el motivo de honor caballeresco que le ha hecho á vd. ocultar el origen de Leoncio, y no pudiendo ni reconocerlo ni adoptarlo sin afligir á una familia unida á la nuestra, lo ha reco-

gido vd., criado y hecho pasar por hijo suyo. Le han creído á vd. bajo su palabra; Leoncio mismo ha creído en este error. Pero si vd. no ha hecho nada por él para regularizar su situación, si vd. llega á morir sin testamento..... de lo que supongo á vd. muy capáz..... Sabe vd. bien que su solo y único heredero sería yo..... ¡Sí, yo!.....

—Verdad es, á fè mía, reconoció sencillamente el anciano caballero; confieso que ha sido muy ligera mi conducta.

—¡Ah! ¡cuánto me alegro!... yo no me hubiera atrevido á decírselo á vd.

—Pero lo pensabas.

—Sí.

Sonrióse Auveribe y encendió su cigarro.

—Con todo, no se corría ese gran riesgo contigo, mi buen Alberto. Yo conozco tu lealtad y afecto á Leoncio, y estoy persuadido de que te apresurarias á restituírle una fortuna.....

—Que él se negaría á admitir. En lo altivo es un Auveribes, es de seguro hijo vuestro..... y en igual caso, vd. no aceptaría tampoco.

—Entonces ni tú tampoco..... porque aunque te tenga por un poco menos altivo que nosotros, el señor sábio es todo un hombre honrado.

—Ya veis, que á falta del primo Alberto, habría otros colaterales que no tendrían escrúpulo en cogerlo y guardárselo todo.

—Y nada menos que mas de cien mil libras de renta.

—Ya veis, que aunque no sea mas que para conservárselas á Leoncio, me vería obligado á sostener mi derecho..... lo que me sería infinitamente desagradable.

—¡Bah!

—Sin duda esa gran fortuna, tan necesaria á su hijo de usted (yo le llamaré siempre así), me haría desgraciado. Me arrancaría á mis queridos estudios, á mi tranquila medianía, á mi modesto paraíso de sábio. Sin sus millones de vd., Leoncio no podría vivir y mataría todos mis goces, todos mis sueños de porvenir.

—¿Pues qué es lo que quieres?

—Pretendo que me ponga vd. á el abrigo de su herencia. Se lo suplico á vd..... por egoísmo.

—¡Escelente Alberto! ¡Qué filosofía y qué corazón!

—Vamos, tío mio, vamos..... al instante..... aquí tiene usted pluma, papel y tintero.

—¿Para qué?

—¡Toma! Para hacer su testamento de vd.

—¡Cómo! Así de improviso, y por decirlo así, con el puñal á el pecho. Déjame al menos el tiempo de volver en mí.

—No..... siento en mí una cosa que me obliga á apremiarle á vd. así.

Alberto acababa de colocar delante de Auveribe todo lo necesario para escribir, intimándole la orden con tal convicción, que aunque un poco cómica, no dejaba por eso de tener un cierto carácter extraño é irresistible.

Dominado por aquella generosa voluntad, el anciano caballero cogió la pluma, reflexionó un instante, hizo un gesto para comenzar, empero volviéndose de pronto:

—No sé... No puedo... es preciso que consulte á mi notario.

—Sea, porque yo soy tan lego como vd. en materia de testamentos, pero que sea hoy mismo.

Entró el lacayo para anunciar que los caballos estaban aguardando á la puerta.

El señor de Auveribe se levantó inmediatamente dejando la pluma para coger el látigo.

—Hoy mismo, insistió el sobrino, y no le dejó á vd. salir sino con esta condicion.

—Me someto á ella, puesto que lo exiges, respondió sonriéndose el tío. Vamos á galope hasta la ciudad.

Y salió.

Ya el lacayo se hallaba montado.

Algunos pasos de allí, dos mozos de cuadra sujetaban á Fierabrás, soberbio caballo de pura sangre, que con la cabeza baja é hinchadas las narices, pateaba impaciente el suelo.

—¡Hola! ¡hola! parece que está de mal humor Fierabrás.

—Mas bien creo yo que está malo, dijo un mozo, porque esta mañana no ha querido comer la cebada, que nos ha costado las penas del mundo el echarle el freno, y se nos encabritaba, estaba furioso.

—Tío mio, dijo Alberto; tome vd. otro caballo.

—¡No faltaba mas que el que yo cediese! Y mas listo que un muchacho saltó y se montó sobre Fierabrás, y volviéndose á los mozos, les dijo: son niñerías lo que decís; es mas manso que un cordero..... hasta la vista, Alberto, y que caces muchas mariposas.

—No olvide vd. su promesita.

—Sí, sí, ya voy; y echó á correr á galope. En la mitad de la carrera el caballo y el jinete cayeron á tierra; el caballo se levantó inmediatamente, el jinete permaneció inmóvil en el suelo.

Acudieron inmediatamente corriendo Alberto y los criados, que ahora no le habían perdido de vista llenos de angustia. Cuando llegaron levantaron del suelo á el caballero horrorosamente pálido, y cuya sangre corría á chorros de su boca y narices. Quiso hablar, pero fué en vano; intentó incorporarse, y su cabeza cayó pesadamente sobre el pecho de Alberto.

—¡Tío mio! ¡tío mio! exclamó éste con lamentable acento; ¿en dónde está vd. herido?..... Respóndame vd..... hábleme usted.

—No hablará, respondió el lacayo hecho un mar de lágrimas; se ha desnucado.

El lacayo, hombre experimentado en esta clase de lances, decía verdad.

El conde de Auveribe volvió, sin embargo, á abrir los ojos, reconoció á Alberto, le apretó la mano, y echándole una última mirada volvió á caerse..... y quedó muerto.

—¡Dios mio! dijo sollozando Alberto..... ¡preveía lo que ha sucedido! ¿Cómo podré restituír á Leoncio la fortuna de su padre?..... ¿Quién me inspirará?..... ¿Quién me sostendrá?..... ¿Quién me consolará?.....

—¡Yo, padrino mio! respondió una dulce voz.

Volvióse vivamente Alberto, y vió un coche que acababa de pararse á algunos pasos de allí.

Una monja se había bajado de él, y despues una jóven.

Aquella jóven era de la que había hablado á Alberto, era Margarita.

II.

Quince días habían pasado desde la muerte del conde de Auveribe.

Demasiado desolado para tener conciencia de lo que en derredor suyo pasaba, Alberto había dejado obrar al notario, que era uno de sus antiguos camaradas, un amigo.

Por él había sabido la verdad, y él fué el que arregló todas las formalidades de la herencia.

—Es preciso que la aceptes, le había dicho; es preciso absolutamente.

Al fin, un día se presentó el notario con un voluminoso rollo de papel sellado, lo depositó solemnemente en manos de Alberto, y le dijo:

—Estás aquí en tu casa..... todo es tuyo.

Herederó, á su pesar, Alberto lanzó un profundo suspiro, y exclamó:

—¿Cómo he salido de esto? ¿Qué he de hacer á la vuelta del pobre Leoncio?

Felizmente, Leoncio se hallaba en Italia, en Venecia.

Alberto le había escrito, pero únicamente para anunciarle la muerte de su padre.

La respuesta acababa de llegar.

—Toma, dijo Alberto dándosela á Margarita, toma... lee... yo no podría, no tendría valor para hacerlo.

La jóven rompió el sello y comenzó la lectura de la carta.



Muerte del conde de Auveribe.

Mostraba en ella un profundo y sincero dolor. «Nunca me perdonaré el no haber estado ahí para cerrarle los ojos, escribía Leoncio, jamás me consolaré de su pérdida. ¡Pobre padre! era tan bueno y me quería tanto. No tengo valor para volver, Auveribe. Mucho tiempo pasará, muchísimo, antes de que vuelvas á verme, mi querido Alberto.»

—¡Ah! bendito sea Dios, dijo respirando éste, al menos es una dilacion. Temblaba verle llegar, yo que vivía sobre ascuas ardiendo... pero ¿qué mas dice...? lee, Margarita.

La jóven prosiguió:

«Apelo á tu amistad, querido primo, y te pido un favor: encárgate de arreglar mis negocios, administra mis bienes, cobra mis rentas, sé mi mayordomo.

»No hay que decirte que jamás te pediré cuentas y que no te ofrezco sueldo.

»Tomarás lo que quieras para tí y me enviarás lo demás..... y para comenzar, necesito veinte y cinco mil francos...»

—¡Muy bien! ¡Perfectamente! interrumpió Alberto, se los enviaré desde mañana y acepto con alegría lo que me propone.

Su mayordomo... y no dar cuentas, qué buena idea ha tenido.

Todo podrá arreglarse así. ¿Y no dice mas, Margarita?

—No, padrino mío, hay una postdata en la que Leoncio ruega á vd. pague sus deudas, cuya lista remitirá á vd. un tal Castañag, y cuya suma vendrá á subir á unos cincuenta mil francos.

—Vaya por los cincuenta mil francos... los pagaré... ¿no soy su mayordomo? ese es mi deber...

Una dulce sonrisa brilló en los labios de Margarita, una lágrima asomó á sus ojos, y por toda respuesta, por todo elogio, abrazó á su padrino.

Alberto estaba encantado, estasiado. Creía ganarlo todo ganando tiempo.

Al instante mismo se fué á casa de su notario, que en

calidad de tal, se permitía hacerle algunas observaciones y darle algunos consejos.

Alberto le interrumpió desde sus primeras palabras diciéndole:

—Pues que todo me pertenece soy dueño de disponer de ello como quiera.

—Es indudable, pero sabes que tengo esperiencia, y tú debes tener confianza en mí.

—En lo que concierne á la ley, pero en puntos de delicadeza yo soy solo el juez. Además, si quiero hacer locuras, como no hubiera dejado de hacerlas mi primo... es un cambio el destino del patrimonio de los Auveribes... Así no sale de la familia.

Resignóse el notario, empero con un gesto de los mas repugnantes.



Granja y castillo de Auveribe.

Algunos dias mas tarde llegó el mismo Castañag.

Era un burdalés, bolsista. Sin mas fortuna que su aventurera industria se habia constituido en el agente, en el factotum, el parásito de los hijos de familia. Sobresalia en buscarles y proporcionarles dinero, les acompañaba en sus placeres y afectaba sus modales. En una palabra, era un caballero *in partibus*, una especie de elegante que los acompañaba,

Su mansion en Auveribe se prolongó durante toda una semana. Trató de tomarse algunas confianzas con Margarita, y Alberto se interpuso tomando por lo serio su papel de padre adoptivo, y hablando como tal.

—Pero si yo le pidiese á vd. su mano, le replicó el atrevido Castañag.

—¡Usted!

—¡Porque no! Nuestro amigo Leoncio la daría tal vez un dote y en ese caso era negocio que me convenia.

Alberto se apresuró á entregarle los cincuenta mil francos y despedirse para París.

Margarita, ni sospechado habia siquiera esta conquista. Su padrino se la contó burlándose y la cuasi petición que de su mano le habia hecho.

La jóven se encogió de hombros con una desdeñosa sonrisa.

—Comprendo, querida, que esto no te haya gustado..... ¿Pero si se presentase otro?

—Sucedería exactamente lo mismo, respondió; no me casaría nunca.

—¿Por qué?

—Porque me ha dado esa idea.

Y Margarita cambió de conversacion.

Comenzaba Alberto á recobrar, si no su alegre humor de otros tiempos, al menos la tranquilidad de su alma.

Ya nada temia con respecto á Leoncio, y Margarita se

hallaba siempre allí cual una de esas risueñas hadas que hacen olvidar las tristezas de lo pasado y florecer las esperanzas del porvenir. Juntos velaban en las labores del inmenso jardín, juntos iban á herborizar á los bosques vecinos ó en el parque. Nunca hermano y hermana pasaron mas deliciosas horas; nunca un padre con su hija dió mas felices paseos.

Un día, al volver de uno de estos amenos paseos, encontraron una carta de Leoncio. Hallábase entonces en Nápoles y pedía otros veinte y cinco mil francos.

—¡Diablo! exclamó Alberto, y que paso lleva!

III.

Al mandarle á Leoncio esta segunda cantidad la acompañó Alberto de algunos prudentes consejos.

Los arrendatarios no pagaban, el año era malo, pesaban cargas é hipotecas sobre las fincas, y para desempeñarlas no bastaba solo una buena administración, se necesitaba economía, y mucha economía, etc., etc.

Leoncio respondía escusando su prodigalidad con sus pesares y con la necesidad de aturdirse para no sentirlos.

Solamente que esto era muy caro, porque seis semanas despues hubo una tercera petición de fondos, y despues muy pronto, una cuarta, motivada por pérdidas en el juego.

—Si esto continúa á este paso, dijo Alberto, mientras..... sus rentas..... nuestras rentas..... no serán bastantes.

Pero pagando de mala ó buena gana, le dirigió esta vez una buena reprensión. En una respuesta de las de mas talento y que probaba sobre todo un corazón excelente, el primo pródigo se burlaba de su virtuoso mayordomo, terminando con grandes protestas de amistad y promesas de enmienda para lo sucesivo.

Obligado Alberto á recurrir á un préstamo, se dirigió á casa de su notario.

—¡Tan pronto! le dijo éste, ya presentía yo que vendríamos á parar á esto, pero no tan presto. Mas creeme, has hecho muy mal. Confesando á tú primo toda la verdad, le enterabas de su situación, le detenías tal vez en el borde del abismo. Todavía es de edad á propósito para tomar un partido enérgico. ¡Quién sabe aun si en su caída hubiese hallado el valor y el medio de levantarse por sus propias fuerzas y crearse por su trabajo otra fortuna! Lo conozco: su inteligencia le hubiera permitido tomar desquite. El ardor que gasta en diversiones y locuras, podría emplearlo útil y gloriosamente. Sacrificándote por él, prolongas sus errores, sus calaveradas y le haces un daño.

—Posible es, respondió Alberto, pero ¿qué quieres...? no me atrevo á desenganarle, á afligirle, tengo miedo á su desesperación. Dejemos que se calme esa fogosidad de la juventud. Además, eso es su patrimonio.

—Pero si devora entero ese patrimonio, no por eso será mas rico él entonces, y tú te habrás quedado pobre.

Alberto se consagró á mejorar las fincas con grandes trabajos y estudio, tratando de aumentar las rentas para salvar el capital.

Animado por el notario, hizo venir á un amigo suyo, agrónomo belga de los mas distinguidos, que se llamaba Miguel Estében, y que aunque joven todavía, pasaba por un gran maestro en el arte de la agricultura, la primera de todas las artes. Estében halló el medio de transfigurar aquellas

posesiones con su inteligente impulso, empero en medio del satisfactorio resultado de sus trabajos, él que era de genio alegre y divertido, se puso triste y meditabundo.

Amaba á Margarita, y sin la esperanza de casarse con ella no quería, no podía permanecer allí en aquellos sitios, donde la presencia de su amada daba pábulo á su pasión.

Habló á Alberto, y éste no viendo nada imposible en aquel matrimonio, dió á él su consentimiento y prometió hablar á su ahijada.

Hízolo así Alberto, pero Margarita se negó constantemente á ello, á pesar de las súplicas de Alberto, que se vió obligado á ir á buscar á su amigo y contárselo todo.

—Adios, replicó dolorosamente Estében, ya no te puedo ser mas útil aquí..... tengo necesidad de olvidar..... adios.

Aquella misma noche sin haber vuelto á ver á Margarita se marchó.

Este incidente causó alguna frialdad en la quinta. Alberto y Margarita estuvieron algun tiempo incomodados, empero como se querían mucho para guardarse rencor por mucho tiempo; un mútuo perdon cimentó muy presto una completa reconciliación.

Alberto se dijo á sí mismo, algo hay de extraño en Margarita..... preciso será que la examine atentamente como una planta curiosa, con el lente.

IV.

Habia dejado la Italia el terrible Leoncio, y hallábase ahora en Baden, en donde hacia sin duda gran papel, porque sus cartas se habian hecho mas frecuentes y pidiendo siempre dinero.

En Baden hay ruleta, el treinta y el cuarenta, y todas clases de juegos.

Un día en fin, día de pérdida necesitó Leoncio de una suma considerable.

Escribía á Alberto:

«No me hagas reconvencciones ni tengas retraso. Está comprometido mi honor. Necesito ese dinero, lo necesito... aunque tengas que vender mi castillo de Auveribe.»

—¡Vender el castillo!.... exclamaron á un mismo tiempo Alberto y Margarita.

Y los dos se miraban consternados, desolados, indignados.

Luego despues de un poco de silencio:

—¡Ya esto es demasiado! exclamó el propietario, me rebeló al fin, me niego á hacer lo que pide.

—Pero, observó Margarita, va en ello su honor..... el honor de un caballero es su vida.

—Sí, reconoció Alberto, si no pudiese pagar se mataría.

—Padrino mio, padrino mio, dijo aterrada Margarita, usted no debe, vd. no puede dejarle morir.

—Seguramente..... yo no puedo permitir que caiga una mancha sobre el nombre de Auveribe; mi notario me buscará esa cantidad, la pagaré..... pero se lo diré todo á Leoncio.

—Eso es, dijo la joven, salvemos el castillo..... sino es para vd., que sea para él mismo.

Alberto parecia decididamente resuelto.

—Esta confesion le hará tal vez mas prudente y juicioso, dijo, y es el único medio de evitarnos una completa ruina. Voy á escribirle.

Colocóse en la mesa, tomó una pluma, y de un rasgo trazó estas palabras:

«Mi querido primo:

Pero no escribió mas; se detuvo.

—Animo, le decía en vano Margarita, apoyada en el espaldar del sillón.

Con mano trémula escribió, borró, hizo pedazos sucesivamente varios borradores.

—Imposible, dijo al fin, estoy incapáz; sería preciso una habilidad, una delicadeza, unos modos..... en una palabra; el talento y la pluma de una mujer.

—¿Quiérete vd. que yo le dicte? Le propuso atrevidamente Margarita.

—¿Tú?

—Sí. Yo no conozco á Leoncio, pero vd. me ha enseñado á amarle como á un hermano, y estoy convencida de que es por su bien. Pienso, además, en su padre, el señor de Auveribe, cuya sombra querida me inspirará.

—Vamos, pues, dijo consintiendo Alberto.

La jóven juntó sus manos, alzó los ojos al cielo como para dirigirle una muda súplica. Despues, tan rápidamente como podía escribir su padrino, improvisó una carta tan lucida, tan afectuosa, tan delicada, tan verdaderamente cristiana, que cada una de las palabras de que se componía debía curar al mismo tiempo la herida que iba á causar.

—¡Perfectamente, admirable! exclamó Alberto; ¿sabes tú, Margarita, que tienes muchísimo talento?

—No se escriben con el talento estas cartas, padrino mio, sino con el corazón.

Jamás había estado Margarita mas modestamente encantadora.

Alberto se apresuró á firmar, cogió un sobre, y puso en él las señas.

—Así, le dijo la jóven; ¿ya no tiene vd. miedo de esta revelacion? ¿Está vd. contento?.....

—¡Contentísimo! la interrumpió; así ves que he cerrado la carta con confianza, y ahora vamos á enviarla inmediatamente al correo.

Margarita alargó la mano para llamar con la campanilla.

De repente el ruido de una silla de posta llegando á galope, se levantó del pavimento resonando en el patio.

Las ventanas del salón en donde acababa de pasar esta escena, daban sobre el jardín.

No pudiendo darse cuenta de aquel endemoniado estruendo, Alberto y su ahijada sintieron al pronto un movimiento de asombro, casi de terror.

Despues, olvidando éste la carta sobre el cartapacio, se lanzó hácia la puerta.

Abrióse inmediatamente aquella puerta, y Castañag todo cubierto de polvo, se presentó en su umbral.

V.

Admirado el mismo Castañag del efecto que producía, soltó una carcajada.

Despues dejándose caer sobre un sillón:—¡Ah! comprendo; estaban vds. todavía bajo la impresion de la aterradora noticia..... Tranquílense vds. todo está reparado..... ¡Victoria! En el mismo momento en que acababa de marchar la carta de Leoncio, yo le traía la última suma de fondos, los de la amistad. Corrió á la casa de juego, se puso á jugar, é

hizo saltar la banca; ¡pero con qué fortuna, con qué audacia, aquello era delicioso!

—Tanto mejor, dijo Alberto, pero habrá vuelto á jugar á la mañana siguiente.

—No...porque inmediatamente hemos dejado á Baden.

No dirá vd. que no somos juiciosos. Verdad es, que yo puedo decir á vd. que este juicio es una nueva pasión. Una viudita, adorable, y que acababa de marcharse de allí para su castillo, algunas leguas de aquí. Así pues, arrea postillon... á Auveribe! A fin de deslumbrar á la susodicha viuda, y como ahora tenemos barro á mano, hemos puesto un tren magnífico de caza, un tren como de príncipes. Ya verán ustedes, ya verán ustedes!

—¿Y á qué viene todo ese gasto?

—Para tratar aristocráticamente, á todos los compañeros, para avisar á vds., y disponer el festín; pero poca delantera les llevo, oigan ustedes.....

Un grande estrépito de cuernos y trompetas de caza y ladridos de perros, acababa de resonar de repente, del lado del bosque, casi junto á la plaza del castillo.

Estaban tan cerca ya, que creyendo Alberto ver aparecer á Leoncio en persona, se apresuró á ocultar la carta en el cartapacio. Y fué á reunirse con Margarita y Castañag que los dos se habían asomado á la ventana. Apresurábase la cacería con tal precipitación, que cazadores y perros precipitándose por el jardín, en seguimiento de una cierva que habían levantado, lo atravesaron pisando las flores y las platabandas, no sin gran dolor de Margarita.

Un solo cazador se había detenido, miraba al castillo.

Reconoció probablemente á los que se hallaban en la ventana. Picó espuelas derecho á el balcón, cogió con las dos manos la barandilla, puso los pies sobre la silla del caballo, y por un brinco de los mas ágiles, saltó dentro del aposento.

Allí tan pronto como el pensamiento abrazó á Alberto, dió un golpecito con la mano en el hombro de Castañag y volviéndose hácia Margarita para saludarla con una gracia enteramente aristocrática:

—¡Ah! dijo, esta es sin duda tu ahijada...nuestra ahijada... la señorita Margarita... lindísima en verdad... ¡lindísima!

Este ligero jinete, este galante caballero, era Leoncio de Auveribe.

VI.

Tenia Leoncio apenas veinte y cinco años, y se parecía de una manera muy notable á su padre, era un tipo del verdadero caballero de otros tiempos elegante y altivo, descuidado y burlesco, empero en toda la expansión, en todo el encanto de la juventud. Su negra y sedosa cabellera caía naturalmente en bucles en torno de su pálido rostro, de ancha é inteligente frente, ventajoso perfil, graciosa sonrisa, y finos bigotes retorcidos á lo calavera. Su mirada viva y llena de fuego, y toda su fisonomía franca, leal, y cortés. Pocas mujeres hubieran podido resistir á los encantos que realizaba la elegancia de su traje.

A Margarita le había parecido muy bien, y Alberto en vano trataba de conservar un aire regañón.

—Vamos, dijo Leoncio dando golpecitos con su látigo en su nervuda pierna cubierta con unos ricos botines de cha-

rol, no me seas regañon, olvida mis travesuras y matemós la mejor ternera en celebrad de la vuelta del hijo pródigo. Te prometo, palabra de honor, ser muy juicioso, preguntáselo sino á Castañag..... quiero vivir arreglado, casarme..... ¡Ah!

—¿Y con quién?.... ¡Bondad divina! replicó Alberto.

—Con una mujer completa y que parece espresamente formada para realizar mi conversión. ¿Necesito nombrárela?.... Es la bella señorita de Albi.

—¡Enriqueta! exclamó Margarita.

—¿La conoce vd., señorita? preguntó Leoncio.

—¡Sí la conozco! Si era mi amiga, mi protectora.... ¡no me alegraría poco de volverla á ver!

—Nada mas fácil..... hace ocho días que es nuestra vecina..... y á fé mia que me ocurre una idea.

—¿Qué idea?

—Aguarde vd. á que reflexione un poco.... lo que raras veces me sucede. Desde luego ruego á vd. me diga á qué altura se encuentra vd. con ella.

Margarita contó sus relaciones de colegiala con Enriqueta, las temporadas que había pasado en casa de ésta y que se querían mucho y eran muy amigas.



Vuelta de Leoncio.

En esta confidencia expansiva, desplegó la mayor gracia y talento.

—Pero, preguntó al fin, ¿está viuda Enriqueta?

—Felizmente, replicó Leoncio, pues puedo pretender su mano. Contaba el pedírsela esta noche..... y cuanto mas lo pienso mas feliz me parece mi idea. Si vd. quisiera.....

—Diga vd

—Servirme de intérprete con ella.....

—Yo.....

—¿Por qué no?..... ¿Dónde podría encontrar otro mejor

para semejante petición? Mira, Alberto, díla que vaya al instante á ver á Enriqueta.

Alberto quería negarse juzgando que era aquello una locura. Insistió Leoncio, mientras inclinándose Margarita al oído de su padrino, le decía en voz baja:

—Por mí sola puede Enriqueta saber la verdad..... la verdad entera.

Oyóse de lejos la algarazara de los cazadores que llegaban al castillo y era de desear que Margarita no se encontrase allí.

Este último argumento triunfó de los escrúpulos de Alberto, y Margarita se dispuso á marchar á casa de la senorita Albi.

—Usted me dirá francamente lo que ella le responda, dijo Leoncio.

—Con la mayor franqueza, caballero, se lo prometo á usted, respondió Margarita.

Y se marchó inmediatamente.

Llegaron los convidados y Leoncio mandó poner un cu bierto mas,

Era para su notario.

Alberto al saberlo dió repentinamente un salto y preguntó á su amigo por qué le había convidado.

—Para tenerle á mano, le contestó éste, y para conocer exactamente la situación de mi fortuna antes de hablar de matrimonio. Le he enviado un propio desde la última parada... vendrá; de seguro vendrá.

—¡Malo, malo, malo!.... pensó para sí Alberto. ¡El negocio se complica!.... no sé cómo saldremos de él.

(Se concluirá en el número siguiente.)

DE LA INJUSTICIA É INGRATITUD DE LOS HOMBRES

CONTRA LOS ANIMALES,

Y CON ESPECIALIDAD CONTRA LOS RATONES.

Entre los muchos y graves defectos que tildan á la humana estirpe, merecen particular censura su abierta injusticia é ingratitud contra los animales, que cooperan á nuestro bienestar con su asiduo trabajo y mansedumbre: se someten todos á nuestros deseos y caprichos, y los que parecen destinados por la naturaleza á alimentarnos con sus carnes, alargan casi espontáneamente el cuello al afilado y mortífero hierro de sus verdugos. Pero ¿no sube de punto nuestra ingratitud, y no adquiere un carácter mas repugnante aun nuestra injusticia, si es cierto, como lo afirman acreditados y doctos autores, que algunos animales han sido nuestros maestros en las cosas mas útiles y necesarias para el hombre? En los tiempos primitivos de la creación ¿no fueron los únicos arquitectos los castores? ¿creéis acaso, que sin su ejemplo podía haberse inventado el arte de construir los edificios suntuosos, que hoy asombran al viajero, como la catedral de Milan y la basílica de San Pedro en Roma con su magnífica cúpula? Estos prodigios del arte los debemos originariamente á la industria y laboriosidad de los castores, y sin embargo, es tanta nuestra ingratitud que los perseguimos y mutilamos para que los mozalvetes y coquetillas, que frecuentan las tertulias de la alta aristocracia, perfumen sus pañuelos y vestidos con almízele; oh humana perfidia, oh inaudita alevosía privar á nuestros primeros maestros de lo que la naturaleza les ha dado de mas precioso! Se supone tambien, con visos de mucha probabilidad, que los caballos sugirieron en tiempos muy remotos á la milicia la idea primitiva é ingeniosa de los escuadrones, porque es cierto que cuando se ven acometidos por un lobo, se apiñan y forman

SEGUNDA SERIE.—1864.

una especie de escuadron para que el animal hambriento no pueda aisladamente acometerles, y tengan al propio tiempo sus fuerzas reunidas para asustarle en términos, con sus repetidas coces, que se vea obligado á apelar á la fuga. La milicia debe mas que nadie á los animales, y no vacilamos en afirmar que sus centinelas y puestos avanzados no son mas que una imitación de lo que han practicado las cigüeñas desde tiempos inmemoriales, por que, como nadie ignora, cuando estos volátiles surcan los aires en numerosos enjambres, van precedidos siempre de dos ó cuatro de su comitiva, y tienen además, durante su viaje y sus largas emigraciones, algunos signos convencionales, que suministraron tal vez á Chappe la primera idea de la invención de los telégrafos. La tortuga militar, antigua máquina de guerra, montada sobre rucdas, y que podía llevar buen número de soldados, poniéndoles al abrigo de las flechas enemigas con tanta seguridad, que podían acercarse sin grave riesgo hasta los muros de una plaza ó ciudad guarnecida con tropas ¿no fué construida á imitación del animal del mismo nombre, que se encoge y cierra en su concha, cuando mas se le antoje? ¿qué diremos ahora de las abejas, qué diremos de las hormigas?—Las primeras, que trabajan en sus colmenas bajo el imperio de una reina pacífica y bondadosa, nos dan la idea de la mas perfecta de las monarquías; las segundas viven en una democracia fraternal: no median entre ellas rivalidades, no hay partidos ni temen revoluciones.

El vate francés Boileau muy persuadido por su larga experiencia de que los animales son mas discretos y cuerds que los hombres, nos ha dejado escrito sobre este tema un reducido número de versos, que traducidos al castellano dicen así:

Entre los animales que vuelan por las nubes,
Que andan sobre la tierra, que nadan en el mar
De Oriente al Occidente, del uno al otro polo,
Es el hombre sin duda el mas necio animal.

(BOILEAU DESPREAUX.—*Sátira del hombre*.)

Si en vez de redactar un artículo de periódico con mi mal cortada peñola, escribiera hoy un libro en folio, podría decir mucho mas en abono de los animales, de su industria, de la utilidad de sus trabajos, de sus instintos benéficos, de la sutileza de su ingenio y de los señalados servicios, que prestan al hombre sin ambición ni interés. Los cuadrúpedos, los volátiles, los reptiles y tambien los gusanos me suministrarían en tan colosal tarea una abundante cosecha de materiales para probar que el hombre debe á esos seres, que llama con desmedido orgullo *irracionales*, descubrimientos portentosos, invenciones peregrinas, la iniciativa en todas las artes y ciencias, y los principios de la mas refinada y espontánea moral. Podría apoyar mi tesis en la autoridad de los escritores mas afamados de la docta Grecia y de Roma, como Platon, Aristóteles, Teofrasto, Plinio, Solino y otros muchos; y podría probar últimamente, que debemos el baile á los osos y á las arañas, cuyo nombre italiano *tarantole* inauguró el delicioso baile de la tarantela. Pero, aunque el reducido número de columnas y los estrechos límites de un periódico no me permiten dar latitud y ensanche á este cúmulo de ideas literarias, científicas y profundamente filosóficas, no quiero pasar por alto, antes de venir á mi principal argumento, *los ratones*, que el antiguo Egipto, tierra

AÑO XXII. 12